

Todos los lugares que se mencionan en la nueva novela de Juan Pablo Villalobos (México, 1973) pueden situarse con facilidad en un mapamundi; sin embargo, el narrador de *La invasión del pueblo del espíritu* se niega a utilizar topónimos, de modo que Barcelona no es tal sino “la ciudad”, y Argentina, México, Rusia o China no son convocadas bajo esos nombres, sino como localizaciones geográficas de una amplitud mayor que desactivan la lógica política: Cono Sur, Nororiente, la Tundra, etc. Así funciona el espacio en estas páginas: más allá de la cercanía vecinal, hay un mundo que Villalobos se resiste a considerar parcelado por identidades coaguladas. En cuanto al tiempo, el li-

bro también elabora su propia visión, puntualizando con regularidad calculada que pasado, presente y futuro conversan, sí, pero que es este último, el futuro, el que nos espera irremediablemente, y más vale afrontarlo con ternura y lealtad.

Habrà quien piense que “el futuro nos espera, no el pasado” es una obviedad, pero conviene comprender que, en la novela, esa no es una tesis sino una atmósfera moral. Y no descartemos que el curso de la política actual en la Ciudad, la Península, el Continente y Occidente se expliquen por la exigencia uterina y egoísta (además de absurda) de que el pasado vuelva a configurar nuestro futuro. Es decir, que *La invasión del pueblo del espíritu* es una celebración de la cercanía y la amistad, de la esperanza, y una mueca de des-

La invasión del pueblo del espíritu



ANA SCHULZ

JUAN PABLO VILLALOBOS

Anagrama. Barcelona, 2020

230 páginas. 18,90 €. Ebook: 9,49 €

precio incruento hacia toda forma de reaccionarismo. Sobre todo, es una novela muy divertida, ágil como un paseante feliz.

El protagonista se llama Gastón, tiene un perro que llamado Gato y un huerto en el que cultiva las papas favoritas de un deportista que es razonable identificar con Messi. Su mejor amigo es Max, que anda en el trance de perder su restaurante como el propio Gastón está a

profundamente compasivo. En un momento dado, el narrador dice de un modo indirecto que no desea escapar del realismo, un objetivo que cumplirá gracias a un truco infalible: forjar su propia idea de realismo, que aquí se comprende como el poder del escritor para contar una pequeña historia y solo esa, en voz baja y tono menor, sin

grandes ambiciones aparentes, confiando en que la experiencia de la lectura sea grata, cómplice y reveladora. Porque late aquí la ambición inaparente de revelar, de escribir con tinta invisible y confiar en que el lector aporte los infrarrojos que permitan atisbar los signos ocultos. E insisto: sobre todo, hay voluntad de divertir.

Esa diversión implica una visión del mundo antiesencialista y antiterritorialista, integradora, que no por capricho recurre a la primera persona del plural para narrar los acontecimientos. En *La invasión del pueblo del espíritu* la voz narrativa alude al lector, nos muestra las bambalinas de la historia de Gastón, nos incorpora al movimiento como si estuviéramos rodando en común un largo plano secuencia: “vamos”, “miramos” juntos. Es más, nos

**ESTA NOVELA ES MUY
DIVERTIDA, ÁGIL COMO UN
PASEANTE FELIZ, UNA
CELEBRACIÓN DE LA AMIS-
TAD, DE LA ESPERANZA**

retiramos juntos cuando toca honrar el dolor o la intimidad de un personaje, porque “incluso al escribir ficción hay que respetar una moral o una ética”. Esta es una frase débil como sententia solemne, vale, pero en cambio es muy eficaz en el contexto en que se inscribe y en su verdadera intención, simultáneamente irónica y sincera. Nos la creemos porque, a esa altura, el libro lleva 200 páginas siendo nuestro confidente, el garante de que “estamos solos” y “no estamos solos” son verdades compatibles. **NADAL SUAU**

¿Quieres uno de los mejores libros de la temporada?

Suscríbete a EL CULTURAL en PDF y te lo enviamos

Solo 25 € al año